



TRADUCCIÓN Y DIFUSIÓN DE LA CIENCIA Y LA TÉCNICA EN ESPAÑA (S. XVI-XIX)

Julia Pinilla, Brigitte Lépinette, eds.

2 monographs



UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
INSTITUT UNIVERSITARI
DE LLENGÜES MODERNES APLICADES (IULMA)

INSTITUT UNIVERSITARI DE LLENGÜES MODERNES APLICADES DE LA COMUNITAT VALENCIANA (IULMA)

IULMA MONOGRAPHS

General Editor: Miguel Fuster Márquez

Executive Secretary: Jesús Fernández Domínguez

Editorial board: Cesáreo Calvo Rigual, Herbert Holzinger, Brigitte Lépinette Lepers, Salvador Pons Bordería, Francisca Suau Jiménez.

Scientific board:

Guadalupe Aguado de Cea (Universidad Politécnica de Madrid), Marta Albelda Marco (Universitat de València), Alejandro Alcaraz Sintés (Universidad de Jaén), Mohammed Barrada, Tony Berber (Pontificia Universidade Católica de São Paulo), María Vittoria Calvi (Università degli studi di Bergamo), Juan José Calvo García de Leonardo (Universitat de València), Pascual Cantos Gómez (Universidad de Murcia), José Carlos de Hoyos (Université Lumière Lyon 2), Abdelwahab Elmrani (Université Abdelmalek Essaâdi), Pedro Fuertes Oliveras (Universidad de Valladolid), Luz Gil Salom (Universitat Politècnica de València), Ramón González Ruiz (Universidad de Navarra), Pedro Gras Manzano (Universitat de Barcelona), Ignacio Guillén Galve (Universidad de Zaragoza), Gerda Hassler (Universität Potsdam), Johannes Kabatek (Universität Tübingen), Douglas A. Kibbee (University of Illinois), Mercedes López Santiago (Universitat de València), Óscar Loureda Lamas (Universität Heidelberg), Carla Marengo (Università degli Studi di Torino), Claus-Peter Neumann (Universidad de Zaragoza), Carsten Sinner (Universität Leipzig), Carmen Soler Monreal (Universitat Politècnica de València), Christiane Nord (Universität Heidelberg), Françoise Olmo (Universitat Politècnica de València), Barry Pennoch Speck (Universitat de València), María Luisa Pérez Cañado (Universidad de Jaén), Julia Pinilla Martínez (Universitat de València), Ferrán Robles i Sabater (Universitat de València), Pierre Swiggers (Katholieke Universiteit Leuven), Francisco Yus Ramos (Universitat d'Alacant).

IULMA-UV Monograph collection

This collection is issued by the *Instituto Interuniversitario de Lenguas Modernas Aplicadas* (IULMA), an association which promotes research and disseminates publications dealing with key areas of applied linguistics. We publish leading empirical research linked to theoretical discussions on the following topics:

- Translation and contrastive studies
- Genres of specialised languages
- The discourse of science and the professions
- Pragmatic analysis of cybergenres
- Corpus linguistics
- Computational linguistics
- Lexicology, lexicography and terminology
- Information and communication technologies (ICT)
- Critical discourse analysis
- Discourse in the media

Proposals should be sent by email to the General Editor or to the Executive Secretary:

Dr. Miguel Fuster Márquez (miguel.fuster@uv.es)

Dr. Jesús Fernández Domínguez (jesus.fernandez-dominguez@uv.es)

Submissions are accepted in the following languages: Spanish, Catalan, English, French, German, and Italian.

The monographs in this collection undergo an external blind-review evaluation by international specialists.

Monographs are published biannually. However, the scientific board reserves the right to release additional issues if there are sufficient submissions of outstanding scientific quality.

Prospective contributors to IULMA monographs should go to the following address: <http://www.iulma.es/noticia.asp?idnoticia=2306>).

**TRADUCCIÓN Y DIFUSIÓN
DE LA CIENCIA Y LA TÉCNICA
EN ESPAÑA (SIGLOS XVI-XIX)**

Julia Pinilla

Brigitte Lépinette (eds)

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
INSTITUT UNIVERSITARI DE LLENGÜES APLICADES MODERNES
(IULMA)

PARTE III: Lexicografía

Capítulo 14

LA TRADUCCIÓN SEGÚN LOS PRÓLOGOS DE LOS DICCIONARIOS FRANCÉS-ESPAÑOL (SIGLOS XVI-XIX) ²⁹⁰

Manuel Bruña Cuevas
Universidad de Sevilla

1. Introducción

Parece lícito sostener la idea de que, a lo largo de los siglos, todo traductor, en su labor de vertido de un texto a otra lengua, ha recurrido con mayor o menor frecuencia a uno o varios diccionarios, por lo menos si tales diccionarios existían y estaban a su disposición. No es inusual, de hecho, en la historia de la lexicografía que los autores de diccionarios practicaran asimismo, ocasional o habitualmente, la actividad traductora. Es conocido, por otra parte, como algunos de aquellos traductores que debieron afrontar la traslación de textos que encerraban un vocabulario especializado y difícil de encontrar en los diccionarios usuales acabaron componiendo su propio listado lexicológico, ya fuera para uso propio, ya con el fin, preconcebido o no, de difundirlo posteriormente en forma de obra impresa. Tal fue el caso, por ejemplo, de José Clavijo y Fajardo (Lafarga, 2009), que explica en el prólogo de su *Historia natural, general y particular* (1785-1805, 21 volúmenes) cómo durante al menos nueve años (Pinilla, 2008: 93) estuvo

²⁹⁰Este trabajo se inscribe en el proyecto “Elaboración de un diccionario de historia de la presencia y enseñanza del francés en España, siglos XVI-XX”, subvencionado por el Ministerio de de Ciencia e Innovación (FFI2011-23109).

formando un vocabulario sobre el tema; aunque le serviría para esa obra, traducción de la *Histoire naturelle, générale et particulière* (1749-1789, 36 tomos) de Georges Louis Leclerc, comte de Buffon (1707-1788), el propio Clavijo y Fajardo explica en el prólogo del primer tomo de su traducción que no se decidió a darlo a la imprenta²⁹¹:

Mi primer pensamiento, quando ya tuve formado este Vocabulario de Historia Natural en los idiomas Castellano, Latino y Francés, fué darle á luz para que se utilizasen de él los que estudian esta facultad en los Autores Latinos, y con mas frecuencia en los Franceses, por haberme hecho conocer la experiencia lo difícil que es hallar los verdaderos equivalentes de las voces de Historia Natural en el idioma patrio, si no precede una larga y penosa investigacion. Varias reflexiones me han hecho desistir por ahora de este propósito. (1785: IV)

Similar camino al de Clavijo y Fajardo fue el andado anteriormente por Esteban de Terreros y Pando (Álvarez de Miranda, 2009), solo que en este caso, como veremos, sí se llegó a una verdadera obra lexicográfica. Ambos, Clavijo y Terreros, no fueron sin embargo los primeros cuya labor traductora los llevó hacia la lexicografía; como también veremos, el mismo recorrido había hecho anteriormente Francisco de la Torre y Ocón.

Siendo tan estrecha la relación entre traducción y lexicografía, parece lícito pensar que las páginas preliminares de los diccionarios no solo harán referencia frecuente a la traducción y los traductores, sino que buena parte de ellos confesarán en tales páginas que sus destinatarios principales son los traductores o, por lo menos, que estos se hallan entre los destinatarios de la

²⁹¹ Así lo explica Martín Fernández de Navarrete en el prólogo que redactó para el *Diccionario marítimo español*: “ Cuando don José Clavijo y Fajardo tuvo que formar en 1777, á consecuencia de Real orden, los Indices castellanos de las producciones y curiosidades que existian en el Real gabinete de Historia natural de Madrid, examinó cuantos autores españoles habian tratado de los diversos ramos de aquella ciencia; y á fuerza de constancia y de una aplicacion continua de nueve años en leer las obras latinas y francesas, cotejándolas con las castellanas, consiguió formar un Vocabulario de ciencias naturales en los tres idiomas, que no solo le fue útil para su primer objeto, sino para dar despues á la traduccion castellana, que publicó de la *Historia natural* del Conde de Buffon, aquella pureza y propiedad de lenguaje y expresion que le han dado tanta celebridad y aplauso entre los españoles que saben apreciar á su nacion sin desdeñar por eso el mérito de las extrangeras. Lastima es que este Vocabulario no viese la luz pública...” (1831: XXIX-XXX).

publicación. Y cabe pensar que, si esto es posible en cualquier diccionario monolingüe, tanto más probable lo será en los diccionarios de varias lenguas, es decir, en los bilingües y plurilingües o, por lo menos, en aquellos diccionarios bilingües de mayor envergadura.

Con el fin de comprobar la justeza o falsedad de tal idea preconcebida, emprendemos aquí un recorrido histórico por los diccionarios bilingües con el francés y el español que se editaron entre finales del siglo XVI y finales del XIX²⁹²; un recorrido, concretamente, por esas páginas preliminares de las que hablábamos antes, es decir, por sus prólogos –ya estén firmados por el autor o por el editor– y por sus aprobaciones –firmadas por los censores– para comprobar la justeza o inexactitud del a priori al que nos hemos referido. No podremos ocuparnos realmente de toda la producción lexicográfica francoespañola; dejaremos de lado, por ejemplo, los vocabularios onomasiológicos, es decir, las nomenclaturas temáticas, dado que, por su carácter, que a veces se ha considerado intrínsecamente didáctico, parecen menos propicias a contener en sus preliminares alusiones al tema que aquí nos interesa. Y, salvo algunas excepciones, tampoco nos

²⁹²Para una presentación panorámica de las obras lexicográficas francoespañolas de los siglos XVI a XIX, cualquiera que fuera su relevancia y carácter, véase Bruña Cuevas (2008a); menos ambiciosos, pero ofreciendo una visión global de los principales diccionarios con el francés y el español que se han sucedido a lo largo del tiempo, son los trabajos de Verdonk (1991), García Bascañana (1996) y Carriscondo *et alii* (2000: 275-284). Para la lexicografía con el francés y el español durante los siglos XVI y XVII, recomendamos la tesis doctoral de Pablo Núñez (2010) y, para los diccionarios de los siglos XVIII y XIX, Cazorla Vivas (2002a). También pueden consultarse, para el periodo que va desde el siglo XVI a 1800, Niederehe (1987) y, para el que va desde el siglo XVI a 1850, Suárez Gómez (2008 [1956]). Para los vocabularios distribuidos por campos temáticos, véanse Ayala Castro (1992) y el completísimo catálogo y estudio de Carranza Torrejón (2012, primera parte). Algunos catálogos bibliográficos que recogen nuestro corpus son los de Suárez Gómez (1961: 330-346; hasta 1850), Fabbri (1979: 131-142; siglos XVI a XX), San Vicente (1995, siglo XVIII) y los cuatro tomos, uno por siglo (del XVI al XIX), de la *BICRES*, de Niederehe (1994, 1999, 2005) y Esparza Torres y Niederehe (2012); también se hallará tal corpus, con corrección de muchos de los errores que se hallan en los anteriores catálogos, en la relación de fuentes primarias de Bruña Cuevas (2008a: 81-95). Se encontrará una presentación comentada de los estudios académicos que se han dedicado a toda esta producción lexicográfica en Bruña Cuevas (2003a, 2008b, 2010).

ocuparemos de las obras lexicográficas políglotas, frecuentes en los siglos XVI y XVII, pero también presentes en los siguientes. Por razones de espacio y de principio, centraremos, pues, nuestra atención en los principales diccionarios bilingües francés-español que han jalonado nuestro periodo de estudio, si bien aludiremos igualmente a aquellos otros que, aunque de menor entidad, forman parte del mismo conjunto lexicográfico bilingüe, es decir, a los diccionarios bilingües de bolsillo que empezaron a editarse desde finales del siglo XVIII.

2. Siglos XVI y XVII

Suele aceptarse que, históricamente, el primer diccionario bilingüe franco-español que realmente merezca tal nombre es el publicado en 1599 por Henricus Hornkens con el título de *Recueil de Dictionnaires Francoys, Espaignolz et Latins. / Recopilacion de Dictionarios Franceses, Españoles y Latinos. / Congesta dictionariorum, Gallicorum, Hispanicorum & Latinorum*. Unidireccional francés-español-latín, fue seguido a los pocos años por el bidireccional de Jean Pallet, salido en 1604, esta vez en París, mientras que su predecesor lo había hecho en territorios dependientes de la Corona española, es decir, en Bruselas (Lépinette, 1990, 2001). Ahora bien, estos dos primeros diccionarios, por venerables que nos parezcan al haber sido los que abrieron la serie que nos interesa, dejaron rápidamente de reeditarse. El diccionario bidireccional con el francés y el español que alcanza fama y prestigio y que está presente a todo lo largo del siglo XVII merced a sus varias reediciones es el de César Oudin, cuya primera aparición, en París, data de 1607 (Cooper, 1962; Lépinette, 1991).

¿Cómo abordan estos tres diccionarios el tema de la traducción y los traductores? Más concretamente, ¿se presentaron como la herramienta que los traductores de una a otra lengua estaban precisando? La respuesta es un no rotundo. Ni el de Hornkens ni el de Pallet aluden lo más mínimo a la

traducción. El de Hornkens (Verdonk, 1990), en su dedicatoria al archiduque Alberto, se presenta como un instrumento útil para las relaciones sociales entre hablantes de español y de francés en la corte bruselense de este personaje, ya que aparecía precisamente en el mismo año de su casamiento con Isabel Clara Eugenia, hija del rey de España Felipe II. En cuanto a Pallet, aunque en su dedicatoria al príncipe de Condé, Enrique de Borbón, alude a una de las modalidades de la traducción, la de los intérpretes, lejos de decir que les ofrece su obra, lo que afirma es que va destinada a facilitar el aprendizaje del español por el príncipe, aún niño, de modo que nunca necesite de ellos y pueda así rehuir el hacer partícipe a terceros de sus asuntos de gobierno. No obstante, ni Hornkens ni Pallet, que sepamos, llevaron a cabo traducciones de obras de uno a otro de nuestros dos idiomas ni hicieron de ellos su profesión. Pero no es el caso de César Oudin, intérprete de alemán, italiano y español en la corte, traductor de varias obras castellanas al francés –entre ellas la primera parte del *Quijote*– y francesas al castellano y dedicado a la enseñanza del español (Zuili, 2005, 2006). Antes de lanzar su *Tesoro de las dos lenguas Francesa y Española* en 1607, ya había publicado una gramática del español en 1597 y unos *Refranes o proverbios españoles traducidos en lengua Francesa* en 1605; y, tras el diccionario, todavía publicará sus *Dialogos muy apazibles, escritos en lengua Española, y traducidos en Frances* (1608), sin contar su gramática del italiano. Es, como se ve, todo un programa de herramientas destinadas a la enseñanza del español, por lo que no extrañará que, al presentar su *Tesoro*, sea esta faceta de su actividad profesional, y no la de traductor, la que predomine²⁹³. En su dedicatoria a Enrique de Orleans, le ofrece la primera

²⁹³De hecho, sus propias traducciones las concibió principalmente como herramientas al servicio del aprendizaje del español, de ahí que la mayoría de ellas aparecieran en versión bilingüe (Zuili, 2006: 286-287).

edición de su diccionario como complemento para el aprendizaje de la lengua española que está realizando, ya que el saber lenguas siempre ha sido adorno de príncipes. Y el resto de la dedicatoria es también, en términos generales, una invitación a aprender idiomas, bien para su práctica oral, por lo desagradable que es encontrarse en círculos donde se habla un idioma que no se entiende, bien porque el conocimiento de lenguas es un camino para la adquisición de otros saberes. Ni la más mínima alusión, en cambio, al provecho que los traductores podrían sacar de su obra. Es más, su invitación a saber idiomas para acceder a los saberes escritos de otras culturas más bien se enmarca en una tendencia a desconfiar de las traducciones que a confiar en ellas como medio de transmisión de cultura. Insistimos en ello porque, aunque esta idea no está aún claramente desarrollada en Oudin, la volveremos a encontrar más adelante de modo mucho más explícito.

Ninguna de las reediciones del *Tesoro*, pese a escalonarse a lo largo del siglo XVII, pese a estar revisadas a partir de 1645 por Antoine Oudin, hijo de César, cambia en lo fundamental sus objetivos o sus destinatarios. La de 1616, por ejemplo, tiene como dedicatoria a alguien que también está aprendiendo español; en las parisinas de 1660, el aviso preliminar de los impresores incide en que la obra es apropiada para aprender los términos ordinarios de la lengua; en la de Bruselas del mismo año se lee, en la dedicatoria a los Estados de Brabante, que la recién firmada paz entre las dos coronas, española y francesa, debe llevarlas al conocimiento recíproco de sus respectivos idiomas, en lo cual incide también el aviso de los editores. Finalmente, en la última edición, la de Lyon (1675), se aprecian algunos matices nuevos, acordes con los tiempos: la obra servirá para aprender la pureza de la otra lengua y comprender a sus poetas. Pero, como se ve, ni la más mínima alusión ni al hecho traductor, ni a sus producciones, ni a sus autores.

El diccionario de Oudin tuvo dos derivados durante su siglo. El primero fue el *Tesoro de las tres lenguas Francesa, Italiana y Española* (1609), de Girolamo Vittori, publicado en Ginebra (Gallina, 1959: 227-246; Cooper, 1960). En sus diferentes ediciones hasta 1671 (Bruña Cuevas, 2007; Pablo Núñez, 2008), los preliminares también se caracterizan por una total ausencia de referencias a la traducción. A lo más que se llega en ellas es a incluir, ya sea en portada, ya como encabezamiento del diccionario propiamente dicho, la indicación “pour faciliter le moyen à ceux qui desirent atteindre la perfection de composer en la langue Italienne & Espagnole” / “per ajutar chi desidera nelle tre sudette lingue perfettamente comporre” (no figura en español). Una duda surge a este respecto: ¿qué hay que entender por *composer* ou *comporre*? En principio, parece una referencia a la expresión escrita en lengua extranjera, pero no se puede excluir de plano que pudiera entenderse también como traducción escrita. De poder darse ese sentido, sería la primera alusión clara en nuestro corpus a la traducción comprendida en su más amplio sentido, pero, puesto que otros verbos más precisos existían ya, y ante la vaguedad de la alusión, creemos que puede optarse por considerar que no se trata aún de una frase tendente claramente a captar el favor de los traductores.

El otro derivado del *Tesoro* de Oudin al que nos hemos referido es el que imprimió César-Joachim Trogney en 1639: *El grande Dictionario y Thesoro de las tres lenguas Española, Francesa y Flamenca*, como se ve también trilingüe, como el de Vittori, pero esta vez, dado que apareció en Amberes, con el neerlandés en vez de con el italiano (Verdonk, 1988, 1998; Bruña Cuevas, 2005a: 161-164). De nuevo será una obra presentada en preliminares para el aprendizaje de idiomas, con tan fuerte vocación didáctica que incluye incluso las conjugaciones del español y un “Breve diálogo para aprender a comprar y vender”. Es una obra, por tanto, que vuelve a proclamar la necesidad de aprender las lenguas con mayor

presencia en los Países Bajos españoles y las más necesarias, según se dice expresamente, para sus actividades comerciales: el francés, para comunicarse con Francia “en temps de paix”, y el español, por su uso en la administración de la ciudad de Amberes.

Tras estas obras lexicográficas del XVII, ampliamente preocupadas por el aprendizaje de lenguas pero desentendidas del hecho traductor, pese a que su principal autor, Oudin, fuera uno destacado, llegamos a las del XVIII, es decir, al primer siglo de las traducciones en masa del francés al español. Veamos qué reflejo tuvo esto en el corpus de estudio que hemos escogido.

3. Siglo XVIII

A principios de la centuria, hacía un cuarto de siglo largo que no se había vuelto a reeditar un diccionario francés-español: la última reedición del de Oudin databa de 1675 y la última del de Vittori de 1671 (Bruña Cuevas, 2007; Pablo Núñez 2008). Es comprensible, pues, que alguien intentara llenar ese hueco con una nueva obra. Fue Guillaume de Maunory el primero que decidió hacerlo al unir a la gramática de español que publicó en París en 1701 un diccionario unidireccional francés-español (Sáez Rivera, 2007: 471-473). El que ambas obras se vendieran en un solo volumen y el que las entradas del diccionario estuvieran en francés muestra ya de por sí que el conjunto estaba destinado a francófonos deseosos de aprender español, no de traducirlo, ya que, si así hubiera sido, su diccionario hubiera debido adoptar la dirección español-francés. De hecho, tan es así que, en su “Préface”, Maunory condena el aprendizaje libresco de una lengua extranjera y declara que destina su obra principalmente a los que quisieran viajar a España. Así se expresa:

On pourra peut-être trouver à redire que j'en aye retranché le Dictionnaire d'Espagnol en François, m'étant contenté de mettre au jour celui de François en Espagnol, avec la Grammaire; mais je ne l'ai pas crû nécessaire, par la raison que je ne les ai composez que pour ceux qui

veulent effectivement apprendre cette Langue-là, ou qui desirent passer en Espagne, auquel cas ces Ouvrages suffiroient, étant vrai que s'ils en sçavent profiter, ils pourront d'eux-mêmes entendre les Livres Espagnols & **en faire telle traduction qu'ils voudront**; ainsi un double Dictionnaire leur seroit inutile & même incommode, au lieu que celui-ci avec la Grammaire, étant en un seul Tome, on peut le porter sur soi, & y avoir recours en toutes occasions, soit pour parler en Espagnol ou pour demander ce qu'on voudra. (Maunory, 1701, "Préface"; las negritas son nuestras)

Habrà llamado la atención la aparición de la palabra *traduction* en esta cita. Nótese, sin embargo, que su sentido es algo ambiguo. El autor proclama que, quien aprenda bien español gracias a sus dos obras, sabrá, pese a que no le ofrezca un diccionario español-francés, arreglárselas también para entender y traducir textos escritos en español. ¿Da el autor a *traduction* el sentido único que le damos hoy o entiende por ese vocablo una especie de sinónimo de *comprender* (*entendre* en nuestra cita)? Más bien nos inclinamos a pensar que es esto último, es decir, que por *entendre* y *traduire* libros lo que hay que interpretar es desarrollar una suficiente capacidad de comprensión escrita, una especie de comprensión lectora acompañada de la traducción mental correspondiente, si bien no cabe excluir que se trate de una alusión al ejercicio escolar de comprensión de los textos latinos, también practicado con las lenguas vivas: primero había que hacerse con el sentido, captando y comentando su estructura gramatical, y luego ser capaz de traducirlo. Dadas las características de las dos obras de Maunory, nos inclinamos a pensar que es a esto a lo que se refería, máxime cuando un empleo similar de *traducir* y *traducción* volveremos a encontrarlo en otras publicaciones del XVIII, y ello pese a que en nuestras consultas no hemos hallado ningún diccionario monolingüe español o francés de la época que recoja esta acepción para tales voces.

El diccionario de Maunory era una obra más bien elemental, más parecida a un diccionario de bolsillo que a uno que pudiera ser útil a los traductores. Distinto es el caso del diccionario bidireccional de Francisco Sobrino,

aparecido en Bruselas solo cuatro años después, en 1705 (Supiot, 1991). Es este el verdadero sucesor del diccionario de Oudin, en el que, de hecho, se fundamenta (Verdonk, 1994; Puche Roca, 1996: 208-254). Como el de Oudin en el XVII, el de Sobrino será el más famoso de los diccionarios francoespañoles del XVIII. Y también como Oudin, Sobrino, maestro de español, editará todo un conjunto de obras para enseñar esta lengua: una gramática en 1697, unos diálogos en 1708 y unos modelos de cartas en 1720. No extrañará, por consiguiente, que, al dirigirse al lector en los preliminares del diccionario, declare expresamente que la finalidad de este es la enseñanza de los dos idiomas que contiene, lo que, de nuevo, como fue el caso de diccionarios anteriores y según declara ahora Sobrino, favorecerá las relaciones sociales de ambas comunidades lingüísticas dada la coyuntura política en que aparece la obra (entronización de la dinastía Borbón en España). Todo ello reforzado por su dedicatoria a Maximiliano Manuel de Baviera, donde se remacha el consabido tópico de la necesidad que tienen los príncipes de saber hablar lenguas. Su vocación didáctica, por otra parte, se hace patente en el hecho de que la primera edición del diccionario incluya asimismo un vocabulario temático. Ciertamente, esta nomenclatura desaparece en las reediciones siguientes, pero solo porque, entretanto, el autor había incluido otra diferente en sus diálogos, ya que la orientación didáctica del diccionario, a pesar de sus grandes proporciones, se refuerza desde la segunda edición (1721), por un lado, con nuevas declaraciones en cuanto a su oportunidad por el final de la guerra de Sucesión en España y los bríos que ello dará al comercio con este país y a su lengua, y, por otro, con la inclusión de nuevos materiales, tales como una mejor presentación de la conjugación de *ser* y *estar* y el mantenimiento de las indicaciones sobre la ortografía española que ya constaban en la primera edición. Ni la más mínima referencia en todo ello a los traductores, a pesar de que la obra presentaba un cierto carácter enciclopédico al incluir patronímicos, nombres

propios geográficos, explicaciones sobre la Biblia, anécdotas históricas... si bien elimina la mayor parte del vocabulario arcaico y de germanía que se hallaba en Oudin. Será en otras obras del siglo donde tengamos que buscar, por tanto, alguna referencia a los traductores y a la traducción.

Sin contar el *Livre instructif, ou Nouveau Dictionnaire François-Espagnol* de Franz Jacob Leys, compuesto en Alemania hacia 1721 y que no llegó a imprimirse (Bray, 1993), pero cuyo título es ya significativo, centraremos ahora nuestra atención en los tres primeros diccionarios francoespañoles que se editaron en España. Abrió la serie el compuesto por Francisco de la Torre y Ocón y aparecido en edición póstuma (Madrid, 1728-1731; Cazorla Vivas, 2012). Su título nos anuncia de nuevo el objetivo didáctico que tenía el autor: *El Maestro de las dos Lenguas. Diccionario Español, y Frances; Frances, y Español*. Esto resulta tanto más decepcionante, desde la perspectiva de la traducción, cuanto que el autor era “Traductor de Lenguas” –dato que figura en la portada del diccionario–, habiendo publicado unos años antes (Madrid, 1720) la versión española de *Oeconomie générale de la campagne ou Nouvelle maison rustique* (1700), de Louis Liger, bajo el título de *Economía general de la casa de campo*. Pero de nuevo, como ya ocurriera en el caso de Oudin, es el docente, y no el traductor, el que prevalece en sus intenciones: en “Al Lector”, presenta su diccionario como el complemento para quienes se dediquen al estudio de ambas lenguas valiéndose de su igualmente póstumo *Nuevo Methodo breve, vtil, y necessario para aprender a escribir, entender, y pronunciar las dos principales Lenguas, Española, y Francesa* (Madrid, 1728); si este método es una llave que abre las puertas a esas lenguas, una vez aprendidas sus reglas gramaticales es preciso disponer de vocabulario, para lo cual solo pueden seguirse dos caminos: la lectura de textos y la consulta de su diccionario bilingüe. Su “Al Lector” termina ofreciendo la obra para la

utilidad de españoles y extranjeros, pero la única mención que hace a la traducción es la breve afirmación inicial de que él mismo la practicó.

Con tales declaraciones del propio autor, nada tiene de extraño que quienes redactaron el resto de los preliminares de la obra se expresaran de modo parecido. Tanto su hermano Baltasar, que firma la dedicatoria al heredero del trono, aún adolescente, como los redactores de las aprobaciones, insisten en que una gramática para aprender una lengua extranjera necesita el complemento de un diccionario. El fin didáctico de este es, pues, el único que se destaca. Así, Antonio de Goyeneche, recurriendo a un símil arquitectónico, afirma que si la gramática da acceso a la estructura del edificio que es la lengua, el diccionario proporciona las piedras. En cuanto al responsable de otra de las aprobaciones, Fernando Triviño, además de los usuales tópicos sobre la necesidad de saber lenguas, máxime con una nueva dinastía francesa en el trono español, expone una de las ideas que más fortuna harán a lo largo de todo el siglo: leyendo cualquier libro, nos dice, se aprende sobre su materia, pero un diccionario habilita para poder formarse en cualquier saber expresado en francés, incluido el literario. Es ya la idea de que el aprendizaje del francés abre las puertas a la ciencia –y la literatura– que esta lengua vehicula. Al afianzarse cada vez más a lo largo del siglo la dependencia española del francés para acceder al saber moderno, veremos cómo los diccionarios van multiplicando sus declaraciones de que no son sino herramientas al servicio de la comprensión lectora de lo impreso en lengua francesa, es decir, veremos cómo se van encaminando hacia todo lo contrario de lo que supone la traducción, puesto que esta posibilita la puesta al alcance de una comunidad lingüística, en su propio idioma, de unos saberes o una estética literaria expresados primitivamente en un idioma diferente. Recurren a traducciones quienes no saben bien francés; puesto que los diccionarios querrán ser cada vez más instrumentos, ya no para aprender a hablarlo, sino para saber entenderlo por escrito, su animadversión hacia las

traducciones no podrá sino ir acrecentándose, máxime cuando pronto se levantará un clamor contra los estragos que tales traducciones estaban produciendo en la pureza castiza del castellano.

Esta deriva, aunque todavía no se explicita claramente en los preliminares, se percibe ya en el siguiente diccionario madrileño (1743-1744): el de Antonio María Herrero, compuesto de tres tomos unidireccionales francés-español (Cazorla Vivas, 2002-2004; Bruña Cuevas, 2006a). Lo consideramos una especie de ocasión perdida para ofrecer a los traductores del francés una buena herramienta compuesta para ellos por el traductor que también fue Herrero, por más que su verdadera profesión fuera la de médico (Gómez Uriel, 1999 [1884-1886]). Herrero titula su obra *Diccionario universal francés y español*, donde *universal* parece dejar entender que aspira al enciclopedismo que caracteriza a su modelo de partida: el *Dictionnaire universel françois et latin*, lanzado en 1704 por los jesuitas de Trévoux y reeditado varias veces a lo largo del siglo. Pero lo cierto es que, sea por incapacidad de su autor o por la necesidad editorial de llegar al gran público para asegurar las ventas, Herrero renunció a incluir la masa de voces de artes y ciencias que halló en su modelo, prometiendo reunir las en un futuro suplemento. Este nunca llegó a editarse, entre otras razones porque tampoco la Real Academia Española logró sacar su prometido diccionario de voces de especialidad, del que Herrero esperaba poder ayudarse.

Finalmente, pues, el diccionario se dirige, si no exclusivamente sí en gran medida, según el prólogo del autor, a principiantes en el aprendizaje del francés escrito, como lo demuestra el que solo se presente en la dirección francés-español. Ciertamente, esta obra tiene la originalidad, copiada del *Trévoux*, de dar indicaciones sobre la buena lectura de las voces de entrada, pero esto no contradice su vocación de servir ante todo de acceso a la lengua escrita. Otros razonamientos del autor, por lo demás, no dejan lugar a dudas: si el lector de una obra en francés encuentra en ella una voz de ciencias o

artes, no será un problema que no la halle en su diccionario, ya que le bastará con acudir a los diccionarios monolingües para averiguar lo que significa; y, si la halla en su bilingüe, pero no traducida por un equivalente, sino simplemente definida, ese mismo lector sabrá encontrar, si le fuera necesario, el equivalente castellano. Nada más contrario, como se ve, a un diccionario pensado para ayudar a los traductores de oficio. No es de extrañar, por consiguiente, que también los censores que redactaron las aprobaciones percibieran la obra como destinada al aprendizaje del francés escrito. Así lo declara uno de ellos, Francisco Javier Roca, y, de modo más revelador, José Lorenzo de Arenas al declarar que merece licencia de impresión por “ser muy útil para los que quieren instruirse con perfeccion en la traduccion del Idioma Francès”. Estas últimas palabras, a nuestro parecer, no han de entenderse como que quienes pensaran en editar una traducción del francés podrían recurrir a él, sino en el sentido de que los aprendices del francés, en los ejercicios de traducción que se practicaban en el medio escolar, encontrarían en la obra una útil herramienta. Y ni siquiera excluimos que haya que entender en ellas que *traducción* signifique simplemente buena comprensión lectora del francés, según una identidad abusiva entre saber entender y saber traducir, es decir una confusión entre dos competencias que hoy se consideran diferentes pero que, durante el siglo XVIII y parte del siguiente, no siempre se distinguen claramente en los preliminares de nuestro corpus lexicográfico. Con todo, hemos de insistir en que estamos partiendo de las intenciones declaradas en los preliminares de estas obras, no de su uso real, ya que bien pudieron los traductores profesionales consultar con provecho el diccionario de Herrero, como lo deja entender que alguien de tan alto mérito lexicográfico como Terreros lo califique de “obra á la verdad exactisima” (p. v. del prólogo de 1786, redactado hacia 1767).

Tras el de Herrero, al igual que el de Ocón nunca reeditado, salió de las prensas madrileñas, en 1761-1763, el *Diccionario general de las dos lenguas*

española y francesa, de Nicolás González de Mendoza, que correrá la misma suerte (Cazorla Vivas, 2008). Como el propio diccionario lo muestra abiertamente y su autor, posiblemente maestro de lenguas, lo declara en el prólogo, de nuevo se persigue captar una clientela de principiantes y otra vez brilla por su ausencia el menor guiño explícito a la actividad traductora. Más simple que el de sus dos predecesores españoles y que el de Sobrino, condena, por ejemplo, la cantidad de ejemplos de uso que este ofrece como más propio para confundir a los principiantes que para orientarlos, razón por la cual rechaza igualmente el enriquecimiento en voces de entrada que había llevado a cabo Herrero; no duda así en escribir en la portada del segundo tomo de su obra que va “aumentada con una recopilacion de los Dictionarios de Sobrino, Ocon [sic], y Herrero, expurgada de los defectos del primero, escaseces del segundo, y profusion del tercero”.

El diccionario de González de Mendoza, aunque aún no editado, estaba ya total o prácticamente terminado cuando Pierre de Séjournant lanza en París, en 1759, su *Nouveau Dictionnaire espagnol-françois et latin composé sur les dictionnaires des Académies royales de Madrid et de Paris* (Cazorla Vivas, 2002b). La fuerza de las editoriales parisinas era muy superior a la de las madrileñas (Bruña Cuevas, 2008c), por lo que este diccionario contribuyó a que no se reeditaran los salidos en Madrid y vino a competir en popularidad con el que había realmente imperado durante la primera mitad del siglo: el de Sobrino. La fama de este sobrevivirá, no obstante, a través del *Nouveau Dictionnaire de Sobrino françois, espagnol et latin* o, en español, el *Sobrino aumentado*, aparecido en 1769 bajo el nombre de François Cormon y basado realmente, no en la obra de Sobrino, sino en la de Séjournant (Bruña Cuevas, 2005a:167-169). Ambos, el de Séjournant y el de Cormon, acabarán fundiéndose prácticamente en sus últimas ediciones de 1790-1791, impresas en Lyon. Pero ambos seguirán sin prestar atención a la actividad traductora. El de Séjournant, intérprete del rey, se mantiene en la

más pura tradición proveniente del XVII en cuanto a sus expresas intenciones de favorecer la concordia, añadiendo también, aunque de modo difuso, la idea a la que ya hemos aludido varias veces: servir para la lectura de los originales sin tener que recurrir a la traducción. Así, el autor declara en su dedicatoria al delfín:

Le but que je me suis proposé dans cet Ouvrage, ne peut manquer de vous être agréable; il est consacré à l'utilité des deux Nations François & Espagnole: il les mettra à portée de se communiquer réciproquement leurs richesses Littéraires, & de resserrer de plus en plus, par une douce correspondance, les liens qui les unissent, & qui doivent rendre leurs intérêts communs. (1769, dedicatoria)

François Cormon, por su parte, quizá porque, dedicado profesionalmente al mundo editorial, estaba principalmente interesado en poder vender la obra, se dirige en su prólogo al público en general con esta lacónica declaración: “No hai libro que menos necessite de Prefacio que un Diccionario”.

Vemos, pues, como ni los diccionarios bilingües editados en España, ni los que, impresos fuera de sus fronteras, dominaron el mercado durante los siglos XVII y XVIII, se interesaron por la traducción. A lo más que llegaron sus autores fue a ofrecerlos como útiles instrumentos para la traducción escolar, que apenas parecen discernir de la capacidad de comprensión lectora. Sin embargo, ya hemos dicho que el siglo XVIII español transcurrió sumergido en una enorme cantidad de traducciones de obras francesas y que, muy a menudo, estas escaecieron de la suficiente calidad para evitar los galicismos léxicos y sintácticos. Las reacciones antigalicistas de los ilustrados españoles son conocidas (piénsese, por ejemplo, en Feijoo, Cadalso, Forner o Capmany). No podrá sorprender que no sean los autores francófonos de los diccionarios bilingües más vendidos, sino autores ilustrados españoles de obras lexicográficas con el francés y el español los que, ya en la segunda mitad del siglo, aborden abiertamente en sus preliminares la cuestión de la traducción e incluyan explícitamente a los

traductores como destinatarios de su producción. Nos estamos refiriendo a Esteban de Terreros y Antonio de Capmany.

4. Del XVIII al XIX: mayor atención a los traductores

4.1. Mayor atención para ayudarlos: Terreros y Capmany

El jesuita Terreros, como ya hemos dicho, compuso el primer diccionario general del español que, a diferencia del académico, dio masiva cabida al léxico técnico y científico (Azorín Fernández, 2000: 201-227): el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas, francesa, latina e italiana*. Los cuatro tomos de la obra aparecieron póstumamente entre 1786 y 1793, si bien ya estaba terminado en 1765 y se estaba imprimiendo en 1767, fecha en que el autor, como los demás miembros de su orden, hubo de abandonar España, lo que paralizó la impresión. Es bien sabido que, aunque finalmente elaboró un diccionario completo de la lengua, la primera intención de Terreros fue la de componer solo un diccionario de las voces de artes y ciencias, en su mayoría excluidas del de la Real Academia; y que la idea de tal proyecto se le ocurrió después de haber ido elaborando un vocabulario mientras traducía la enciclopédica obra, de Noël-Antoine Pluche, *Le spectacle de la nature* (1732-1750), cuya versión española publicó Terreros en Madrid (1753-1755) bajo el título de *El Espectáculo de la Naturaleza* (Gómez de Enterría, 2011). Con su *Diccionario*, Terreros se convirtió en uno de los principales lexicógrafos del español, dado que en él se incluyen, además de las voces comunes, las de todas las artes y ciencias, siendo considerado ya en su época como el complemento del *Diccionario* de la Real Academia Española, que, contrariamente a Terreros, no logró cumplir su propósito de dar nacimiento a una obra similar ni a una sobre el vocabulario de especialidad. Pero además, como veremos, por primera vez, y pese a enseñar en el Real Seminario de

Nobles, la voz del traductor que era Terreros no será acallada en los preliminares de su diccionario por la del docente que también era, seguramente, entre otras razones, porque su labor docente no estaba centrada en las lenguas vivas, sino en las matemáticas.

El diccionario de Terreros es en realidad un monolingüe del español, pero incluye en el artículo correspondiente a cada entrada castellana, además de su definición, su traducción al latín, el francés y el italiano. Para respetar la voluntad del autor, estas traducciones fueron luego recogidas por los editores científicos de la obra en tres diccionarios bilingües, con las entradas, respectivamente, en francés, latín e italiano y su equivalencia en español; los tres constituyen el tomo cuarto, aparecido en 1793. El diccionario bilingüe francés-español, aun con microestructura bastante escueta, recoge un rico caudal léxico: unas 45 000 entradas, frente a las solo 26 000, por ejemplo, que presenta el *Nouveau Sobrino* de François Cormon (Alvar Ezquerro, 1987: X).

El prólogo del autor al conjunto de la obra es todo un tratado de lexicografía, en el que destacan, en cuanto a lo que aquí nos interesa, sus reflexiones, a partir de la página ix, sobre las buenas y malas traducciones, y en donde confiesa algo que ya hemos adelantado: cómo el embrión de su obra lo constituyó el vocabulario que fue elaborando a partir de su traducción de la obra de Pluche. Queda patente, asimismo, su preocupación por la pureza del idioma castellano, si bien con una actitud abierta a la admisión de neologismos siempre que estén bien adaptados a las normas morfológicas castellanas, aunque no excluya la admisión de extranjerismos puros cuando la adaptación morfológica al español de las voces que designan realidades remotas o nuevas sea imposible. Con todo, pese a la importancia determinante de la actividad traductora en la trayectoria del autor, en el nacimiento de su obra y en las reflexiones de su prólogo, en el resumen de sus objetivos con que este termina no se incluye explícitamente ninguna

alusión a que los traductores estén entre sus destinatarios principales, por más que la obra nos parezca que debió de ser un preciado recurso para ellos. He aquí esa conclusión:

Como quiera y en toda coyuntura, juzgaré adecuadamente premiado mi trabajo siempre que me conste haber servido al Estado, ilustrado y aumentado en cuanto me ha sido posible con tanto afan nuestro idioma, volviendo entre los Extranjeros que vean su abundancia, limpieza y hermosura, por su honor y crédito, y abierto a los países á que se extienden las cuatro lenguas de que se trata, que juzgo ser casi los de todo el mundo, las puertas de la sabiduría que se encierran en ellas, como las mas comunes, universales é ilustradas del universo. (1786, Prólogo: xxxiv)

De hecho, la alusión más directa a los traductores que puede encontrarse en los preliminares se halla en las reflexiones con que cierra Terreros sus explicaciones sobre los usos ortográficos que ha adoptado en la obra:

Yo hago Jueces á mis Lectores de la utilidad de estas reglas, y pienso que si me hicieren justicia, ya sea aprendiendo los idiomas que aquí se tratan, **ya emprehendiendo y trabajando alguna traduccion**, ó como quiera en una accion tan comun como es leer, hallarán que les ahorro una quarta parte del tiempo que habian de gastar de otra manera y aun acaso mas. (1786, Prólogo: xxxiiij; las negritas son nuestras)

Este pasaje nos parece el primero en el tiempo que, en nuestro corpus, y al enumerar los objetivos y beneficios que un diccionario persigue, discrimina claramente entre aprender un idioma, traducir y entender obras escritas. Hemos tenido que esperar para ello a 1786, si bien, como indicado, este texto estaba ya compuesto en 1767. Y, aun así, el lugar intermedio entre aprender y leer en que se sitúa la alusión a la traducción deja planear una ligera duda sobre si el autor se estaría refiriendo solo a la traducción con fines de publicación o si englobaría en su expresión la traducción con objetivo discente.

Es la misma ambigüedad que planea en el prólogo del *Arte de traducir el idioma Francés al Castellano*, publicado por Antonio de Capmany, de nuevo en Madrid, en 1776, y del que nos ocuparemos sobre todo porque su título ha

llevado a presuponer a muchos investigadores que la obra estaba destinada a traductores, en el sentido que hoy damos a este término. Sin esto, su cabida en nuestro corpus sería discutible, ya que no se trata de un diccionario al uso, situándose, además, sus contenidos propiamente lexicográficos tras una primera parte de la obra donde se explica la morfología francesa (Fernández Díaz, 1985; Étienvre, 2001: 75-105). Tal parte lexicográfica es mayoritariamente un listado alfabético de expresiones hechas que no admiten traducción literal entre ambos idiomas, es decir, uno de los escollos con los que chocaban los aprendientes y que más dificultad tenían en superar los traductores. Que la obra no excluía a los principiantes entre sus destinatarios se deja ver en los propios contenidos morfológicos del libro, pero, por lo menos, se trata, en la intención declarada del autor, no de unos principiantes escolares, sino adultos; que entre sus destinatarios también se hallaban los traductores, se lee asimismo en su prólogo, pero persiste la duda, a nuestro juicio, de si al hablar de *traductores* da al término el sentido usual que tiene hoy día o si se refiere más bien a quienes simplemente emprendían la lectura de una obra en francés:

En el frontispicio de esta obra he puesto el Compendio de las partes de la oracion gramatical, sin los requisitos de la prosodia, que fuera un trabaxo minucioso, ingrato, è inutil à **los puros traductores, para cuyo descanso escribo**; porque el fruto principal de este arte es facilitarlo, y hacerlo agradable, en quanto sea posible, **siendo destinado principalmente à sugetos adultos, y estudiosos, que por eleccion propria, ò necesidad se destinan a la lectura versional, è inteligencia de los escritos publicados en lengua francesa**, y que por sus ministerios, edad, pereza, género de estudios, ò falta de proporciones **no se hallan en estado de sugetarse à Maestro**, ni à la prolixidad del mecanismo del accentto, pronunciacion &c. ¿Quántos no habiendo tenido el socorro de una obra de esta naturaleza, han dexado de emprender **el estudio de este idioma** por la aprehension de una dificultad invencible, atendidas sus ocupaciones, y sus años? (1776: XIII-XIV; las negritas son nuestras)

Como se ve, Capmany parece darnos a entender en un principio que sus destinatarios principales son los que hoy consideramos traductores, o sea,

según su propia denominación, los “puros traductores”²⁹⁴, pero rápidamente su explicación nos obliga a considerar que a quienes realmente destina la obra, por lo menos de palabra, es a quienes practican la “lectura versional”, por emplear de nuevo sus propios términos, es decir, a los lectores adultos de obras en francés y no especialmente versados en esta lengua.

En todo caso, no es así como interpretó la utilidad de esta obra su principal reeditor, Vicente Salvá, cuando volvió a publicarla, considerablemente aumentada y revisada, en 1835 (Lafarga, 2002), es decir, casi sesenta años después de su primera aparición: aunque solo parcialmente lexicográfica, es la única obra de ese carácter y de autor español que, perteneciente al XVIII, ha gozado de varias reediciones, todas realizadas, no obstante, ya en el siglo siguiente²⁹⁵. Con tal reedición, no solo las reflexiones de Capmany sobre la lengua, los extranjerismos léxicos o sintácticos y las buenas o malas traducciones se transmitieron al siglo XIX, ya que Salvá conservó el prólogo que las contenía, sino que se enriquecieron con nuevas observaciones sobre los mismos temas. Esta obra reúne así los puntos de vista de dos lexicógrafos de primera magnitud, ya que Capmany, como veremos, acabará publicando un verdadero diccionario francés-español, y Salvá, aunque no lo hizo, pasó y sigue pasando por haberlo hecho (Bruña Cuevas, 2006b), destacando sobremanera, en todo caso, en la lexicografía monolingüe del español. Así pues, a lo mucho dicho por Capmany en el prólogo de su *Arte* contra las malas traducciones, se añade ahora todo un tratado sobre el mismo tema en la “Advertencia” preliminar que, debida a Salvá, precede al prólogo de Capmany en la reedición de la obra de 1835. En esa “Advertencia” se hallan

²⁹⁴Se refiere, por ejemplo, a los “puros traductores” cuando, al achacar a los diccionarios de Séjourant y Fr. Cormon el ser poco abundantes en entradas y proporcionar pocos equivalentes castellanos para cada una de ellas, comenta que es una “Pérdida sensible, principalmente para los puros traductores...” (1776: XII).

²⁹⁵El *Arte* de Capmany se reeditó primeramente en Barcelona (1825 y 1829) a partir de la versión original. Volvió a salir en la misma ciudad en 1839, pero ya en base a la muy revisada edición parisina de Salvá (1835).

reflexiones tan interesantes como la distinción entre las traducciones literarias, que deben atender obligatoriamente a fondo y forma, y las de otro tipo, que son válidas como traducciones si logran transmitir fielmente el contenido, incluso si no alcanzan la corrección lingüística en la lengua de llegada. En ella, además, no cabe duda, por fin, de a quienes tenía Salvá como principales destinatarios de la obra: eran los traductores profesionales; más o menos versados en su oficio, pero traductores. Así termina, por ejemplo, dicho preliminar:

Para lograr estos fines, repetimos que es útil la siguiente obra. Sin duda que á su lectura debe agregar el traductor un estudio profundo de ambas lenguas, la del original y la propia, como tambien un conocimiento cabal de la materia de que trate el escrito²⁹⁶; mas al cabo este manual puede refrescar en su cabeza ciertas especies, recordarle frases olvidadas, é indicarle otras no conocidas; en una palabra, abreviarle y facilitarle su tarea. Y para los traductores comunes, que trabajan casi á ciegas y á destajo, es mas palpable su utilidad, pues con ella en la mano podrán mas fácilmente seguir la sintáxis de su lengua, en vez de conservar intacta la del original, del cual suelen no traducir mas que las palabras, y muchas veces con poca exactitud. (1835: 14)

Como se ve, se refiere primero a los traductores ya experimentados, si bien no se olvida de los “traductores comunes”, denominación más difícil de interpretar. Aunque no se puede descartar que Salvá incluyera en esa categoría a los escolares que realizaban ejercicios de traducción, nos parece más bien que sigue hablando de los traductores que debían ganarse la vida produciendo versiones rápidas y sin poderse permitir el lujo de dedicarse a pulirlas²⁹⁷.

²⁹⁶Esas palabras de Salvá sobre el traductor recogen bastante fielmente lo que se lee al comienzo de la definición correspondiente a la voz *traduction* en el *Dictionnaire de l'Académie française*: “Action de traduire. *La traduction est un travail difficile. La traduction demande une grande intelligence des deux langues, et de la matière dont il s'agit*” (sexta edición, 1835; este enunciado ya estaba incluido en ediciones anteriores).

²⁹⁷También es principalmente a los traductores, aunque sin olvidar a otras categorías de locutores, a quienes primeramente hubiera debido ser útil el *Diccionario de galicismos* (1855), de Rafael María Baralt (Lépinette, 2003). Así lo creía, al menos, su prologuista, Juan Eugenio Hartzenbusch: “Preceptos, consejos, modelos de imitación, ejemplos que deben huirse, enseñanza y aun recreo encontrarán los lectores de este reducido volumen, útil á

Capmany era todavía joven cuando publicó su *Arte*, pero ya tenía sesenta y tres años en 1805, fecha en que salió a la venta su verdadera obra lexicográfica francoespañola, es decir, su diccionario monodireccional francés-español (Roig, 1995; Bruña Cuevas, 1999a). Con el paso del tiempo, su amor por el castellano y su exasperación por las traducciones que atentaban contra sus normas más usuales habían ido en aumento. Es, pues, defender la pureza y exactitud del español contra los galicismos de todo tipo extendidos por tales traducciones lo que confiesa el autor ser el principal objetivo de su nueva obra, que, en el comienzo de su prólogo, ofrece a los españoles como manifestación de su “zelo nacional” y de su “amor á la lengua pátria” (Bruña Cuevas, 1999b: 54-57):

Esta obra era de absoluta necesidad, y mas en estos últimos tiempos, en que la moda, ó manía, de traducir del francés hasta el arte de ayudar á bien morir, hacia mas indispensable el verdadero conocimiento de aquella lengua, para no desfigurar, ó descostar la nuestra como se ha conseguido con tan infieles guías; y lo mas lastimoso, sin que los traductores lo conozcan, ni los lectores lo lloren. (1805: II)

El ataque contra las malas traducciones o, más exactamente, contra el atentado al casticismo lingüístico español que representaban y contra los malos usos que extendían por imitación quienes las leían, reaparece reiteradamente en este texto preliminar. Así, cuando, refiriéndose a la posibilidad de españolizar correctamente buena parte de los vocablos exóticos, declara:

Advertencia es esta muy necesaria en estos tiempos á los que traducen, y á los que escriben, sin haber leído libros españoles, de donde los he aprendido yo: que bien se les conoce quando dexan con la librea francesa estos nombres, y otros muchos, mayormente geográficos, gentiles, y apelativos, como se explicará mas abaxo. (1805, Prólogo: VI)

cuantos leen y hablan el castellano, á muchos de los que lo escriben componiendo de propio caudal, y **á los traductores del francés sobre todo**” (1855: XXII; negritas añadidas).

O cuando, ya en la “Advertencia del autor” que precede al suplemento geográfico incluido al final de la obra, expone:

[...] como la instrucción de los lectores no puede ser igual, ni tampoco parece serlo la de los traductores, según los groseros errores en que suelen caer los más de ellos; se ha considerado necesario poner todos aquellos nombres que señalando pueblos, ríos, ó montes de Italia, ó de la antigüedad, han de convertir la terminación francesa de *e* en *o*, y no en *a* [...] (1805, suplemento: 37)

Esta indignación contra los traductores acaba salpicando en el prólogo de la obra incluso a los autores franceses de diccionarios francés-español, los cuales, piensa Capmany, tampoco habían sabido reflejar en ellos la riqueza léxica del castellano comparada con la del francés –según la convicción chovinista a la que su celo nacional le había llevado– ni adaptar al español correctamente las palabras nuevas. Esos lexicógrafos extranjeros estaban, por lo tanto, contribuyendo a los mismos y negativos efectos que los traductores, probablemente –se deduce, aunque no lo explicita Capmany– porque estos tomaban como guía los diccionarios de aquellos. De ahí la necesidad de que fuera un español como él quien por fin compusiera uno diferente que librara al país de la dependencia mercantil de las editoras francesas y que, sobre todo, hiciera justicia a la lengua española y la defendiera de los galicismos:

No era ocasión ésta de vestir con el nombre de modestia la indolencia, ni con el de prudencia al silencio, quando se pedían manos y diligencia para atajar el contagio que ha cundido en nuestro idioma con la corrupción de las malas traducciones. (1805, Prólogo: III)

Con la riqueza en sinónimos españoles que su obra ofrece para cada entrada francesa, así como con la correcta españolización de las nuevas voces de artes y ciencias, evitando sus formas galicistas, Capmany está convencido de que desmontará las quejas de ciertos traductores sobre la pobreza del español y contribuirá a atajar el afrancesamiento lingüístico que impera en sus traducciones:

Al matemático, al astrónomo, al agrónomo, al músico, al arquitecto, al marino, al pintor, al teólogo, al moralista, al humanista, al poeta, al retórico, al político, jamás les ha negado el habla la lengua castellana, ¿y se la había ahora de negar á los traductores? (1805, Prólogo: XV)

He aquí, pues, un diccionario que, por primera vez en nuestra historia lexicográfica, habla directamente a los traductores, uno que los sitúa en primer lugar entre sus destinatarios y que discurre amplísimamente sobre su actividad y los efectos que produce. No es que Capmany pensara que solo ellos iban a servirse de su obra, naturalmente; tampoco el excluía –ni, por razones comerciales, podía excluir– a los principiantes o al gran público de entre sus usuarios. Y cabe sospechar asimismo que, ya anteriormente, algunos diccionarios –el de Terreros, por ejemplo– estaban destinados en muy gran medida a los traductores. Pero es Capmany quien, de todos los autores de nuestro corpus, declara por vez primera y abiertamente en los preliminares de su obra que el fin principal al componerla no ha sido el didáctico, sino el de mejorar el nivel de los traductores para preservar así la lengua contra los extranjerismos y que reluzca su primigenio carácter.

4.2. Mayor atención para denigrarlos: Gattel

El de Capmany no es el primer diccionario francés-español del siglo XIX. Ya en 1803 habían aparecido en segunda edición otros dos diccionarios. Uno fue el de Claude-Marie Gattel, cuya edición príncipe data de 1790 (Gemmingen, 2001); el otro, el de Barthélemy Cormon, con primera edición en 1800. Principalmente Gattel, pero también François Cormon, autor del *Sobrino aumentado*, y su nieto Barthélemy son el blanco de la ira de Capmany; son ellos esos autores extranjeros, esos “fabricantes de diccionarios”, como él los llama, de los que había que salvaguardar la lengua española. No creemos que, aunque pudieran contribuir a ello, las críticas de Capmany contra esos diccionarios fueran realmente determinantes para

impedir su reedición tras la edición de la obra en 1805; pero, en todo caso, es evidente que Capmany contribuyó sobremanera a desacreditarlos.

En cuanto al tema que aquí nos interesa, las actitudes de Gattel y Barthélemy Cormon estaban muy distantes de la de Capmany. Frente a la agria actitud defensiva y ofensiva del autor catalán, el objetivo que declara tener Gattel aparece como francamente bonachón, en la misma línea que se marcaron la mayoría de sus predecesores. Así, al dedicar su obra a la Académie delphinale de Grenoble, dice que su deseo “d’être utile à deux Nations dignes de se connaître, parce qu’elles peuvent s’apprécier, avoit seul animé [son] zele & soutenu [son] courage”. Y con similares palabras comienza su prólogo.

No piensa Gattel –o no es lo que declara pensar– que un diccionario bilingüe pueda tener otro fin primordial que el didáctico:

Comme la destination de ce dernier ouvrage [cualquier diccionario bilingüe] est de faciliter à ceux qui le consultent l’étude d’une langue qu’ils sont supposés ignorer... (1790: xix)

Elles [las definiciones para cada entrada de su diccionario] sont en François dans la premiere Partie, destinée à faciliter l’étude de la langue Castillane à ceux qui ne connoissent que la François; &, par la raison contraire, toutes celles que contient la seconde Partie, ont dû nécessairement être écrites en Espagnol. (1790: xx)

Pero Gattel no se limita a crear, según la tónica general, que saber lenguas acerca entre sí a los pueblos y abre más amplias puertas al saber, sino que lanza también en su “Discours préliminaire” toda una diatriba contra la posibilidad de acceder a ese saber a través de las traducciones. Si Capmany atacaba las malas traducciones y sus efectos, pero no la actividad traductora en sí, que, por el contrario, se esforzó por perfeccionar, es el propio hecho traductor, independientemente de su calidad o efectos, lo que Gattel condena. La tendencia en nuestro corpus a considerar los diccionarios como simples herramientas para completar el aprendizaje de lenguas alcanza así su paroxismo a finales del XVIII. Para Gattel, aprender lenguas es ante todo

adquirir destreza en la comprensión escrita con el fin de acceder a las obras extranjeras en su propio original. Esto no solo es bueno, sino que libera del peligro que son las traducciones:

Vainement se reposeroit-on, pour l'intelligence des ouvrages écrits en langue étrangere, sur l'exactitude & les talens des traducteurs. Ce préjugé, né de l'ignorance, & plus que jamais peut-être accrédité par la paresse, est une des plus dangereuses erreurs qui puissent retarder le progrès des Lettres, & en préparer la décadence. Il éteint le goût d'une saine érudition; il rend nuls, pour l'esprit, la plupart des avantages qu'il devoit retirer de l'étude & de la comparaison des grands modeles, &, en nous écartant des sources originales, il ne nous laisse plus voir les objets les plus dignes de notre attention, que dans une glace infidelle, qui, presque toujours, en altere les formes, ou qui ne peut du moins que bien imparfaitement en réfléchir les beautés. (1790: ij)

No es de extrañar esta animadversión hacia la traducción en un diccionario en cuya portada se lee que está “fidèlement rédigé d’après le Dictionnaire de l’Académie Royale Espagnole & celui de l’Académie Française”, por tanto atento ante todo a la lengua literaria, por más que el diccionario incorpore, además, un buen número de palabras de especialidad. De hecho, una de las citas que el autor pudo leer en la voz *traducción* de una de sus fuentes, el *Diccionario de Autoridades*, era de esta guisa: “Porque el oír por Interprete, ò leer traducciones, està sujeto à engaños, ò à que la verdad pierda su fuerza, y energia”²⁹⁸. Su horizonte es el aprendizaje de idiomas, y, si bien en comerciantes y viajeros ese aprendizaje debía centrarse en la lengua oral, al erudito (*le savant*), al literato y al artista

il suffit de pouvoir, sans le secours équivoque des interpretes, lire les bons auteurs dont chaque nation s'honore; de parvenir à en sentir, à en apprécier par eux-mêmes les beautés: bien entendre la langue dans laquelle ces ouvrages sont écrits, est donc le seul but qu'ils doivent se proposer. (1790: iij)

²⁹⁸Esa cita del *Diccionario de Autoridades* procede de Diego de Saavedra Fajardo; se halla en la quinta empresa de su *Idea de un príncipe político cristiano representado en cien empresas* (1640), donde la frase hace referencia al repetido tópico de que los príncipes deben saber hablar idiomas, muy bien ilustrado en nuestro corpus.

A esa finalidad descodificadora dirige pues ante todo su diccionario²⁹⁹. Las traducciones, en todo esto, no salen bien paradas, como ya fue el caso en Capmany, pero por razones bien distintas.

5. Otros diccionarios del siglo XIX

No sorprenderá que, cuando en 1798 Gattel inaugura en la lexicografía francoespañola el modelo de los diccionarios de bolsillo³⁰⁰, declare en su “Avertissement” que lo destina a literatos, estadistas, viajeros y comerciantes, pero no miente a los traductores. Si no consideró que hubiera de dirigir a ellos su obra completa, tanto menos podía dirigirles esta otra, dado su carácter abreviado.

Barthélemy Cormon se situó con su bilingüe de 1800 en esa línea de los diccionarios portátiles, por más que el suyo no lo fuera demasiado. Atento ante todo a su negocio editorial, únicamente podía destinarlo al público más extenso, es decir, a los alumnos de los que habla en el prólogo. Para ellos incluye la pronunciación figurada de las voces de entrada, primicia en nuestro corpus lexicográfico. Su carácter didáctico es lo que más destaca por tanto el autor, un didactismo que aún quedará más reforzado en la segunda y última edición de la obra (1803), donde se incluye una gramática del español para francófonos.

El género de los portátiles queda así instalado en la historia de la lexicografía francés-español (Cazorla Vivas, 2006a). Durante todo el siglo

²⁹⁹No es contradictorio con ese propósito el que Gattel, en la edición de 1803 de su diccionario, se viera forzado a introducir la notación figurada de la pronunciación de los lemas. La competencia comercial con el de B. Cormon, que ya la incluía desde su primera edición de 1800, le llevó a ello (Bruña Cuevas, 2005b: 98-101).

³⁰⁰*Nouveau dictionnaire de poche François-espagnol*, editado en París y cuyo título en español era *Nuevo diccionario portátil español y frances*. Aunque es este diccionario portátil el que realmente inaugura una serie productiva de otras obras de igual carácter, no fue el primero que, en la historia lexicográfica francoespañola, se presentó como portátil en su título; pese a que no tuvo mucha repercusión en su época, probablemente por haberse publicado en Bolonia, ya aparecía el adjetivo en el título de portada del *Diccionario nuevo portátil y manual francés-español* (1795), de Diego Antonio Godoy (Cazorla Vivas, 2002c).

XIX, no podían sino proliferar al tiempo que crecía el estudio de lenguas extranjeras y su inclusión en los planes de estudio de los centros escolares y las instituciones de carácter militar o comercial. Salvo excepción, ninguno de ellos pretende ser útil para los traductores propiamente dichos; si alguna vez aluden a la traducción, solo se refieren al ejercicio para aprender lenguas vivas. Prescindiremos, por tanto, de todo comentario sobre ellos para centrarnos en aquellas obras lexicográficas del XIX compuestas con más altas pretensiones.

Entre esas obras, es insoslayable comenzar por el diccionario bilingüe de Núñez de Taboada, basado en el de Capmany y al que arrebató la gloria de su calidad y la posibilidad de nuevas reediciones; fue así, por un lado, gracias a la fuerza comercial de la editorial que lo lanzó desde París con respecto a la que difundía la obra de Capmany desde Madrid (Bruña Cuevas, 2008c), pero también porque era bidireccional frente a la monodireccionalidad del diccionario de Capmany (García Bascuñana, 1999). Con todo, en su primera edición de 1812, el de Núñez de Taboada reproduce en su prólogo, entrecomillándolas, varias páginas del prólogo compuesto para su obra por Capmany, con lo que las ideas de este no solo se perpetuaron tras su muerte por una nueva vía, sino que llegaron mejor a los usuarios francófonos. No obstante, la obra de Taboada, que domina el panorama lexicográfico francoespañol de la primera mitad del siglo y perdura hasta más allá, no podía pervivir con tal prólogo, que contenía demasiadas inconveniencias hacia la lengua francesa, por lo que este pronto fue eliminado de las sucesivas reediciones, al igual que el resto del prólogo de Núñez de Taboada, y sustituido por una simple advertencia preliminar del editor (Bruña Cuevas, 1999b: 54-57). Ese prólogo, tal cual era originalmente, chocaba con la venta del diccionario al gran público y, además, se contradecía internamente, puesto que lo que Núñez de Taboada había declarado perseguir antes de lanzarse a citar a Capmany, era que su

obra fuese útil para los lectores de obras literarias clásicas. Así creemos que se usó sobre todo, por más que los traductores pudieran también servirse de él. Y nos referimos al diccionario de Taboada en gran formato, naturalmente. Su difusión por imprentas españolas y francesas en formato portátil no hace al caso aquí, como ya hemos explicado.

Aparte del diccionario de Taboada, son varios los diccionarios generales francés-español que se apartan del simple diccionario portátil o de bolsillo. Cronológicamente, el primero de ellos fue el Trapani y Rosily, que apareció en 1826 con un prólogo del reputado lexicógrafo Charles Nodier (Cazorla Vivas, 2004). Si primero Gattel y luego Capmany rompieron la tónica propia de los diccionarios anteriores de no referirse, o apenas, a la traducción, Nodier se mantendrá en la línea de sus dos predecesores al abordar el tema desde el comienzo del prefacio. Es cierto que su discurso, más que en la traducción de obras, se centra sobre todo en la traducción de palabras, que lleva al lexicógrafo a componer un buen diccionario; pero también la actividad traductora de obras retiene algo su atención y, de nuevo, será para condenarla:

Je partage sans réserve l'opinion de mon savant et illustre ami Dussault, qui ne voyait dans les traductions *littérales* que des parodies, dans les traductions *littéraires* que des contrefaçons ou des *pastiches*, et qui pensait qu'il est impossible au talent de dérober au talent la propriété de son langage. (1826: v)

Diccionarios similares en volumen al de Trapani y Rosily son los de Fonseca y Freixas. El de este último salió en Barcelona en 1864 y nunca se reeditó (Cazorla Vivas, 2006b). Está dirigido en el prólogo por su autor, el profesor de idiomas Pedro Freixas y Sabater, al “lector inteligente”, es decir a esos lectores cultos que, según afirma reiterativamente Freixas, son cada vez más numerosos en una España donde el nivel cultural no cesa de acrecentarse. Puesto que en ningún momento alude a los traductores, por tales lectores hay que entender los que intentan formarse a partir de obras editadas en francés.

Fácil es convencerse de ello, por lo demás, cuando se comparan las dos partes de su diccionario: mientras que la parte español-francés es reducida para su época –unas diecisiete mil voces–, la parte francés-español, es decir, la más útil para sus destinatarios, incluye aproximadamente unas sesenta y cinco mil (Cazorla Vivas, 2002a: 683). Mucho más interesante para nuestros propósitos es el original diccionario de José da Fonseca, que le precede en el tiempo: apareció en París en 1840. Fonseca, lexicógrafo en varias lenguas y traductor, da para la mayoría de las entradas, no solo sus equivalencias, sino una frase de autor consagrado en que el lema aparece, algo inusual en la mayor parte de los diccionarios de nuestro corpus. Pero lo que más nos interesa aquí es su prólogo, donde, aunque no se diga que los destinatarios primeros de la obra son los traductores, por lo menos se deja entrever que son usuarios habituales de este tipo de obras y que gracias a ellos ha podido componer su diccionario. He aquí algunos pasajes de dicho prólogo:

La publication d'un *Dictionnaire français-espagnol et espagnol-français, à l'usage des gens de lettres et des étudiants des deux nations*, était d'une nécessité généralement reconnue; car aucun de ceux qui ont paru jusqu'à ce jour ne réunit les conditions qu'exige un tel travail pour qu'il soit parfait. Les uns ne contiennent qu'une *nomenclature aride*, les autres, d'un format incommode pour l'élève, sont remplis, au contraire, de **définitions inutiles au traducteur**. Vouloir, en effet, suppléer à un Dictionnaire de la langue nationale par un Dictionnaire en deux langues, en expliquant chaque synonyme correspondant au terme principal, est une absurdité, puisque toutes les fois que **l'élève ou le traducteur** ont besoin d'une traduction, ou que celle-ci se trouve rendue d'une manière imparfaite dans le Dictionnaire en deux langues (ce qui arrive souvent), ils sont forcés de recourir au Dictionnaire de la langue dans laquelle ils écrivent. [...] Comment un auteur pourrait-il quitter une composition à laquelle il travaille avec ardeur pour se résoudre à lire un article d'une ou de plusieurs pages, dans l'espoir d'y rencontrer le terme ou la phrase qui convient à son sujet? Ce qu'il désire, c'est de trouver, d'un seul coup-d'œil, l'expression ou le mot dont il a besoin. Ayant été convaincu de cette vérité par **les diverses traductions ou imitations** que j'ai faites des meilleurs auteurs français, notamment des romanciers, je me suis attaché à écarter de ce *Dictionnaire* toutes les superfluités dont je viens de parler. Le lexicographe ne doit admettre que les phrases ou locutions qui caractérisent le génie des deux langues, c'est-à-dire celles dont le sens ne peut se rendre littéralement. Mais on ne peut acquérir cette connaissance

que par **une lecture réfléchie des traductions** que des hommes de goût ont faites des écrivains les plus célèbres. Ces **traducteurs distingués**, pour conserver le sens propre de la phrase étrangère, et **traduire élégamment**, ont médité long-temps l'expression de l'auteur original. [...] Les phrases que **j'ai choisies dans les traductions françaises** les plus élégantes, et que j'ai confrontées avec le texte espagnol, sont précédées de deux astérisques**. J'aurais recueilli un plus grand nombre de ces phrases, si j'avais pu me procurer des **traductions** faites également par des hommes à talent des auteurs classiques espagnols. Les articles sont classés de telle façon que **l'étudiant et le traducteur** trouveront facilement, et dégagé de toute définition superflue, le mot ou l'expression qu'ils désireront. Le lecteur se convaincra aisément que je n'ai épargné ni soins, ni veilles pour lui présenter un ouvrage sinon parfait, du moins qui puisse lui offrir tous les secours essentiels pour **l'intelligence et la traduction** des auteurs. (1840: v-vj. Las negritas son nuestras; las cursivas, del autor)

Nuestra cita es algo larga, pero muestra bien, tal cual decíamos, cómo Fonseca no solo afirma que su obra facilitará la labor de los traductores, sino, más importante aún, que nace de la actividad traductora. Fonseca presenta las equivalencias que ofrece para las locuciones y frases hechas de las dos lenguas, no como fruto de su dominio de ambas, sino como extraídas de las mejores traducciones de obras literarias reputadas: la comparación de los originales con sus traducciones es lo que da lugar, dice el autor, a lo que su diccionario ofrece. Es la primera y única vez que, en nuestro corpus, los resultados de la actividad traductora son presentados como base en la que se asienta la confección de un diccionario.

Nótese cómo Fonseca condena como inútil y hasta engorroso para discentes de lenguas y traductores la riqueza de sinónimos ofrecidos para cada lema y las definiciones de estos. En lo de los sinónimos, está condenando el principal valor que Capmany veía en su diccionario y, por ende, el modelo de diccionario bilingüe francés-español más apreciado en su época: el representado por el de Núñez de Taboada, continuador del de Capmany. En lo relativo a las definiciones, se opone a los diccionarios basados en los monolingües académicos, tales como el de Gattel, que pudo conocer Fonseca. Imaginamos, por tanto, cuánto le horrorizaría la aparición del

primer diccionario francés-español y español-francés que realmente se pueda calificar de enciclopédico desde todos los puntos de vista, es decir, no solo porque incluye tanto el vocabulario general como el especializado, sino porque incorpora a menudo la definición de la voz de entrada y un cúmulo de informaciones y comentarios sobre su referente, o sea, sobre el mundo, lo más propio de las enciclopedias (Bruña Cuevas, 2003b, 2004; Cazorla Vivas, 2003). Tal diccionario se debe a un equipo dirigido por Ramón Joaquín Domínguez y apareció en seis tomos, en Madrid, en 1845-1846, poco después del de Fonseca. Inspirado en diversas fuentes, pero fundamentalmente, para su parte francés-español, en el diccionario enciclopédico de Bescherelle (*Dictionnaire national ou Dictionnaire universel de la langue française*, 1845-1846), el *Diccionario universal francés-español y español-francés* (1845-1846) fue, tanto por su macroestructura como por su microestructura, un diccionario propio de conocedores avanzados de la lengua francesa, entre ellos los traductores. Pero ¿es a ellos a quienes los destina su coordinador? Esta vez, el prólogo, bastante breve para servir de preliminar a un diccionario en seis volúmenes, deja al menos claro que su objetivo es contribuir a elevar el nivel de las traducciones y aliviar el trabajo de los traductores:

El epígrafe que lleva esta obra³⁰¹ debe dispensarnos de hacer de ella el menor comentario. Tanto en Francia como en España se resienten las **traducciones** de la falta de un Diccionario como el que publicamos, que responda á todas las dificultades que se ofrezcan al **traductor**, no solo acerca de la significacion y definicion de una voz y de las diversas acepciones y uso que esta puede tener en diferentes locuciones, sino

³⁰¹Ese epígrafe de la portada de la obra es, efectivamente, bastante ilustrativo de sus pretensiones: *Comprende, no solo las voces de los diccionarios de las Academias, sino tambien todos los términos de Literatura, de Historia, de Filosofía, de Matemáticas, de Economía Política, de Diplomacia, de Táctica Militar, de Química, de Mineralogía, de Botánica, de Zoología, de Cirugía, de Medicina, de Sagrada Teología, de Derecho Canónico, de Sectas Religiosas, de Jurisprudencia, de Agricultura, de Geografía, de Astronomía, de Mitología, de Comercio, de Marina, de Artillería, de Fortificacion, y demas facultades, sin omitir el tecnicismo de todas las artes.*

tambien del tecnicismo de ciencias y artes. (1845, Prólogo; las negritas son nuestras)

Ciertamente, no se especifica aquí que las traducciones y traductores de que se habla son profesionales, si bien el carácter enciclopédico del diccionario así parece invitar a entenderlo. No obstante, quizá se trate de una ambigüedad buscada, un modo de no excluir como destinatarios a los traductores escolares, pese a la evidencia de que no eran ellos quienes iban a efectuar el fuerte desembolso que una obra de esta envergadura requería. Y puede ser así desde el momento en que el diccionario incluye también la pronunciación figurada de las voces de entrada, los femeninos, plurales y tiempos verbales irregulares e, incluso, como suplemento final de la primera parte, unas “Notions élémentaires et générales de Grammaire Française”. Con todo, es sin duda un modo de intentar alcanzar mayor clientela o hasta de ser lo más completo posible. De hecho, la misma impresión se saca del prólogo que encabeza la segunda edición de la obra (Madrid, 1853-1854), firmado por un nuevo editor (Bruña Cuevas, 2003b):

Satisfaciase por primera vez [con la primera edición] una necesidad por todos sentida, la de un diccionario francés-español y español-francés que no solo resolviera **las consultas, por decirlo así, de escuela, sobre lo mas vulgar de ambos idiomas**, sino que se extendiera á muy ámplios pormenores en lo relativo al uso y propiedad de las voces, á la **traduccion** recíproca de frases é idiotismos y á la significacion de los términos técnicos, abrazando todo aquello con que las ciencias y las artes han enriquecido las lenguas modernas. Una obra de esta clase no podia menos de merecer el brillante éxito que alcanzó, porque venia á llenar un vacío que los demas diccionarios habian dejado, precisamente en lo que mas lugar daba á dudas y **mas campo habia de ofrecer á la investigación**. (1853, Prólogo; las negritas son nuestras)

Un carácter igualmente enciclopédico presenta el *Nuevo diccionario* bilingüe de 1856, generalmente atribuido a Vicente Salvá, aunque debido realmente (Bruña Cuevas, 2006b) a Juan Bautista Guim –para la parte francés-español– y Francisco de Paula Noriega –para la parte inversa–. Como el de Domínguez, este de 1856 incluye una cantidad sorprendente de voces de

especialidad y, al modo de Capmany, ofrece gran riqueza en sinónimos para cada voz de entrada, pero prescinde del fuerte subjetivismo y de los comentarios extemporáneos que son frecuentes en los artículos del *Diccionario universal*. El prólogo de Guim es realmente extenso, contrariamente al de Domínguez, pero es decepcionante para nuestro tema de interés. Pese a lo mucho que alaba a Capmany y a su sucesor, Núñez de Taboada, pese a lo mucho que critica a Domínguez (ocultando lo mucho que le debía), no se halla en él la más mínima referencia a la traducción. Su destinatario es siempre el público; a lo más, un público culto capaz de captar las diferencias de esta obra con las anteriores, pero ni la menor mención a los traductores, y ello pese a que, el mismo año de la aparición de la obra en gran formato, también se editó una versión para escolares, es decir, una versión abreviada en pequeño formato. Editada por Garnier, la obra en gran formato tuvo asegurada dieciséis reediciones más antes de terminar el siglo XIX, extendiéndose al XX ya revisado por otros lexicógrafos. Pero todas ellas mantendrán el mismo prólogo del original. Así pues, uno de los diccionarios más consultados de la segunda mitad del siglo, quizá el más consultado, una obra que, sin duda, formó parte de la biblioteca de muchos traductores profesionales, nunca se dirigió expresamente a ellos. Pero la segunda mitad del XIX todavía vio aparecer dos diccionarios más de carácter enciclopédico. Nos referimos a los de Francisco Corona Bustamante y Nemesio Fernández Cuesta. Ahora bien, los tiempos ya no eran los mismos. Cuarenta años antes, un voluminoso diccionario como el de Domínguez podía aún dirigirse a los traductores profesionales y aludir más o menos solapadamente en su prólogo a las traducciones escolares. En los ochenta, sin embargo, un hecho decisivo se había producido en las ciencias lingüísticas: el desarrollo del comparatismo y, más particularmente, de la lingüística histórica románica, cuyos descubrimientos estaban llegando al ámbito docente después de que los neogramáticos continuaran la labor

comenzada por Friedrich Diez con su *Grammatik der romanischen Sprachen* (1836-1844) y su *Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen* (1853) y de que estas obras fueran traducidas al francés por Gaston Paris y reeditadas varias veces. Puesto que incluso las gramáticas de francés para españoles se iban llenando de contenidos propios de la lingüística románica (Lépinette, 2002, 2009), es comprensible que lo mismo ocurriera en los diccionarios.

Dado que el diccionario de Domínguez no había vuelto a editarse desde 1853-1854, el de Francisco Corona Bustamante (Bruña Cuevas, 2013), lanzado por Hachette, sale para competir con el de su rival comercial, es decir, con el de Guim y Noriega atribuido a Salvá, editado por Garnier. De ahí su carácter enciclopédico. En 1882, Corona Bustamante debía buscar nuevos argumentos para pregonar sus méritos. Tales argumentos no son otros que la toma en consideración de los adelantos de “las ciencias histórico-filológicas”: el prólogo es todo un tratado sobre el origen de las palabras francesas y, más aún, sobre el de las españolas. Su principal valor, para el autor, es que ofrece para cada lema su etimología. Ni la más mínima referencia, en cambio, a la posible utilidad de esta obra para los traductores. Estamos así muy lejos de lo declarado en los prólogos de Domínguez y Guim.

La segunda parte, español-francés, del diccionario de Corona Bustamante no aparecerá hasta 1901. Pero ya entre 1885 y 1887 se publica, esta vez en Barcelona, un nuevo y enciclopédico diccionario constituido por cuatro volúmenes en gran formato que comprendían una primera parte francés-español y una segunda español-francés; hablamos del *Diccionario* de Nemesio Fernández Cuesta (García Bascuñana, 1992-1993, 2005, 2009; Bruña Cuevas, 2004: 39-42). Por supuesto, en pleno acuerdo con la época, ya desde la portada se anuncia una orientación comparatista o la inclusión de las etimologías, y otra vez se explyea el prólogo en explicaciones sobre lo

esencial que el origen de las palabras resulta para el conocimiento de ambos idiomas. El diccionario está así dirigido, dice el prólogo, al gran público, que parece necesitar ahora de un baño en los adelantos logrados por la lingüística histórica. Hay que esperar a que ese prólogo se ocupe de pregonar su riqueza en entradas de carácter técnico y científico para encontrar, por fin, una afirmación de la utilidad de la obra para mejorar las traducciones y facilitar la labor de los traductores:

[...] hemos cuidado especialmente de comenzar este trabajo adicionando muchos términos de tecnología, que facilitarán seguramente **la traducción de obras útiles** en España. Respecto de las ciencias hemos tenido gran cuidado en acomodar los términos franceses á los españoles, pretendiendo huir de los graves errores que en este punto contienen no sólo los diccionarios, sino **las obras traducidas** y áun los libros de texto. (1885: III; negritas nuestras)

No obstante, y pese a sus dimensiones y contenidos, Fernández Cuesta tampoco olvida destinar su obra al ejercicio de traducción escolar:

Sin embargo, **para facilitar la traducción á los principiantes**, ponemos por separado en artículo propio la variacion femenina cuando es muy notable y no podría encontrarse á su lado en el orden alfabético del diccionario: así lo hacemos por ejemplo en *beau y belle*, en *tiers y tierce*, etc. (1885: IV; negritas nuestras)

6. Conclusiones

Vemos así cómo, de los cuatro grandes diccionarios enciclopédicos del siglo XIX, todos útiles para los traductores profesionales, todos, sin la menor duda, consultados por ellos para llevar a cabo las traducciones entonces publicadas, únicamente dos de ellos proclaman tal utilidad en sus textos preliminares: solo a medias el de Domínguez; abierta y claramente el de Fernández Cuesta. De los dos restantes, uno, el atribuido a Salvá, dirige su prólogo simplemente al gran público culto; y el otro, el de Corona Bustamante, prefiere presentarse ante todo como acorde con los renovados

estudios etimológicos de la época. Ha desaparecido de ellos, por lo menos, la animadversión hacia el acceso al saber a través de las traducciones, es decir, esa animadversión que mostraron algunos de sus más importantes antecesores, especialmente el que abre el siglo, el de Gattel. Pero también ha desaparecido, incluso en los diccionarios de Domínguez y Fernández Cuesta, esa voluntad firme que mostró Capmany de presentar el suyo como dirigido ante todo a elevar el nivel de las traducciones que se hacían en España. Por lo demás, resulta realmente excepcional en nuestra historia una declaración como la de Fonseca en el sentido de que el hecho traductor se hallaba en la base misma de la elaboración de su diccionario: si algunos otros diccionarios decimonónicos declararon querer servir de herramienta a los traductores, ninguno, salvo el de Fonseca, plasmó en sus preliminares que se ponía al servicio de los traductores lo que los propios traductores habían ofrecido en sus publicaciones.

Antes del siglo XIX, como hemos visto, los lexicógrafos, cualquiera que fuera la envergadura de sus obras, por lo demás generalmente considerable, siempre estuvieron más atentos a presentarlas como un homenaje a la concordia entre naciones y un instrumento de aprendizaje de lenguas que a cualquier otra consideración. Que las vieran ante todo como recursos didácticos puede entenderse. Por un lado, algunos de los principales autores de nuestra historia lexicográfica fueron reputados maestros de español (recuérdese el caso Oudin y el de Sobrino, autores de los diccionarios bilingües francoespañoles más conocidos de, respectivamente, los siglos XVII y XVIII). Por otro lado, es comprensible que, tanto en el XVII como, sobre todo, en el Siglo de las Luces, los autores quisieran hacer hincapié en que sus diccionarios podían ayudar a leer obras, literarias o no, en su versión original antes que destacar que los traductores podrían recurrir frecuentemente a ellos para su labor. Saber lenguas siempre fue algo alabado en los prólogos, pero saberlas en los siglos XVII y XVIII ya no perseguía

fundamentalmente el poder prescindir de intérprete o el conversar, como había sido el caso durante el siglo XVI y todavía aparece reflejado en las dos primeras obras de nuestro corpus –las de Hornkens y Pallet–, sino, principalmente, adquirir la destreza de comprender por escrito un idioma extranjero. Ni siquiera aquellos lexicógrafos que también fueron traductores –Torre y Ocón o Herrero, por ejemplo– presentaron expresamente sus obras como útiles primeramente para realizar mejores traducciones. La comprensión lectora estuvo en el centro de las preocupaciones de la sociedad culta de los siglos XVII y XVIII y, consecuentemente, a adquirirla orientaron sus esfuerzos. La traducción como ejercicio didáctico se fue así desarrollando, siendo natural, por ende, que unas obras como nuestros diccionarios, siempre vistos en gran parte por sus propios autores como imprescindibles instrumentos en el aprendizaje de idiomas, reflejaran en sus prólogos que la tenían bien presente, y ello hasta el punto de que es a menudo difícil saber si, al hablar de traductores y de traducción, hay que entender que se están refiriendo a aprendices o a profesionales.